Julio - Agosto 1932
N 4
A000 262180 3

Consideraciones psicoanalíticas sobre la vida sexual [1]

por Angel Garma

Miembro de la «Deutsche Psichoanalytische Gesellschaft».

Se ha reprochado al psicoanálisis, el que emplee el término sexual con mucha más extensión de lo que generalmente se hace. Este reproche ha sido hecho, pero hasta ahora ninguna ciencia ha demostrado qué es lo que debe entenderse por sexual y qué es lo que no es sexual. En efecto, una primera dificultad que nos encontramos en nuestro camino es definir: ¿qué es lo que se entiende por sexualidad? Aunque a primera vista parezca que es fácil responder a la pregunta, las dificultades se presentan en cuanto intentemos buscar una característica que nos sirva para definir la sexualidad. Intentemos el dar con alguna de estas características. Por ejemplo, diciendo que la sexualidad es todo aquello que se relaciona con la reproducción de la especie. El límite que por medio de esta característica ponemos a la sexualidad es muy estrecho; tenemos entonces que dejar de considerar como sexuales actividades que claramente lo son, aunque no estén en relación con la reproducción; v. gr., la homosexualidad, la masturbación. Es decir, la característica de la reproducción de la especie no nos sirve como criterio definidor. Si la sustituímos por otra, v. gr., diciendo que la sexualidad es la actividad de los órganos genitales, vemos que el límite es asimismo estrecho. Según esta última definición, el beso, el sadismo, el fetichismo, etc., tampoco los podemos considerar como sexuales.

Prescindamos, por tanto, de encontrar esta característica, y estudiemos la sexualidad desde el punto de vista psicoanalítico. El psicoanálisis considera como sexualidad no solamente la vida sexual normal del adulto, sino también las perversiones y la sexualidad

(1) En este trabajo no pretendemos más que presentar, de un modo *esquemático*, los conocimientos psicoanalíticos más importantes referentes a la vida sexual. No citamos, por tanto, los hechos que se desvían de este esquema, a pesar de su gran importancia práctica.

infantil. Además, admite una sexualidad genital y también una sexualidad que no está ligada a los genitales.

Empecemos estudiando rápidamente las diferentes formas de las *perversiones*. Hay perversos, los homosexuales, que para su satisfacción sexual buscan no un individuo del sexo contrario, sino un individuo del mismo sexo. Otros perversos buscan los genitales de una persona, no por la función propiamente genital de estos órganos, sino por otra función, como la micción y la defecación. En otros perversos vemos que los genitales no les atraen, sino que prefieren otro órgano, como el ano o la boca. Un grupo de perversos sustituyen los genitales por otro órgano o parte de la persona querida aún más extraño; prueba de ello son los fetichistas, que desean intensamente el pie, la trenza, un trozo del vestido, etc., del objeto de sus deseos. Otros perversos satisfacen su actividad sexual en actos no genitales y que extrañan al individuo normal; éstos son los sadistas, que se complacen en hacer sufrir al objeto amado, y, por el contrario, los masoquistas, que se someten a toda clase de sufrimientos que este objeto amado les impone, y que buscan estos sufrimientos. Hay otros individuos en los que la actividad sexual se halla fijada en un acto que en un individuo normal es preparatorio de coito, como el besar, el tocar o el mirar al objeto querido, y que llegan al orgasmo realizando solamente estas actividades. Finalmente, otra clase de perversos, bastante frecuente, es la de aquellos que satisfacen sus necesidades sexuales viendo el cuerpo o las acciones sexuales de los demás: los voyeurs; o bien enseñando su propio cuerpo: los exhibicionistas.

Las actividades de estos perversos no tenemos más remedio que considerarlas como sexuales. Ahora bien, si consideramos a estas perversiones como sexuales, la extensión de la sexualidad aumenta mucho. Intentemos estudiar la sexualidad desde el punto de vista del órgano que se satisface, del objeto amado, del órgano que satisface y de los modos de alcanzar esta satisfacción.

El órgano que se satisface varía mucho; en unos casos son los genitales, en otros la boca, la piel, la vista, etc. El objeto amado puede ser del sexo contrario o del mismo sexo; hasta existen perversos que satisfacen sus deseos con animales. El órgano buscado para satifacer la necesidad sexual es también muy diferente: los

genitales, el ano, la boca, la piel, el pecho, la trenza, un trozo del vestido, etc. Asimismo son numerosas las formas de la actividad sexual, v. gr., el coito, el sadismo, el masoquismo, el exhibicionismo, etc. En resumen, que la actividad sexual puede realizarse con muchos órganos, con objetos deseados muy distintos y en formas muy variadas.

Debemos ahora hacer notar que entre las actividades sexuales de los perversos y las del individuo normal hay solamente una diferencia de grados, no de cualidad. Veamos varios ejemplos. En biología se ha demostrado que el individuo normal no es solamente heterosexual, sino que es bisexual; es decir, que también tiene una tendencia a la homosexualidad. El apreciar otra parte de la persona querida que no sean los genitales es algo también muy frecuente en individuos normales; así, unos hombres se enamoran de los pies de una mujer, de sus pies o de su pecho, etc.; únicamente cuando la intensidad del amor hacia el pecho o hacia los pies es mayor de lo normal y se presenta casi exclusivamente, podemos llamar al individuo un fetichista. En el acto sexual normal es necesaria cierta dosis de sadismo, aunque sea mínima, para conquistar a la mujer. En la mujer es también normal la existencia de cierta cantidad de masoquismo.

Debemos fijarnos también en que el desarrollo de una persona a la normalidad o perversión no depende solamente de su constitución, sino, asimismo, de una cantidad de factores accidentales que pueden producirse casualmente en el curso de su vida. Así tenemos la experiencia de la frecuencia mayor de la homosexualidad en los lugares donde viven hombres en compañía y donde la unión con la mujer está impedida; v. gr., colegios, cuarteles, cárceles. Las vivencias infantiles de una persona pueden impulsarle a reaccionar de un modo perverso; así, es frecuente que el homosexual pasivo sea el hijo menor de una familia, con varios hermanos más fuertes que él y a los que no puede dominar; también suelen ser hijos de padres débiles y de madres de temperamento más severo que el padre. Todos estos detalles nos llevan a pensar que la disposición a la perversión existe en cada individuo, y que los perversos se diferencian de los normales únicamente por la mayor intensidad de sus pasiones anormales.

Psicoanalizando a los individuos con actividades sexuales patológicas, se observa que su perversión se originó en la infancia. Para llegar a esta conclusión no basta la observación superficial del perverso, sino que hay que hacer un estudio psicológico profundo. En la infancia es cuando generalmente se decide si un individuo sigue la senda sexual normal o la patológica.

Los síntomas neurósicos son, en parte, una satisfacción de un deseo sexual. Este deseo no es siempre el de una sexualidad normal; la sexualidad perversa tiene mucha importancia en el origen de las neurosis. Psicoanalizando las neurosis, se comprueba que la mayoría de ellas se originaron también en la infancia. Es decir, los deseos sexuales que se satisfacen en los síntomas, son deseos que proceden de aquella época infantil.

El estudio de las neurosis y de las perversiones obligó al psicoanalista a fijarse en la infancia y a estudiar la *sexualidad infantil.* Después de bastantes luchas, actualmente la existencia de la sexualidad infantil se halla ya admitida por la gran mayoría de los investigadores.

La existencia de la sexualidad infantil no ha sido un descubrimiento del psicoanálisis; algunos médicos y pedagogos ya la habían observado antes y se habían ocupado de ella. El psicoanálisis lo que ha hecho ha sido estudiarla intensivamente, revelar su gran importancia y describir sus diferentes formas.

Un hecho que ya nos indica la existencia de la sexualidad infantil, si lo interpretamos debidamente, es el comportamiento de las personas educadoras de la niñez. Si hasta ahora no se estudió la sexualidad del niño, fué porque no se ha querido verla; los padres, educadores, etc., cerraban los ojos ante estas manifestaciones sexuales infantiles. A pesar de que estas personas educadoras califican la niñez como un período de pureza física y espiritual, gran parte de su interés tiende a reprimir en el niño tendencias que tengan un significado sexual. Así, si uno de los niños sometidos a sus cuidados se lleva las manos a los genitales, le riñen por esta acción; algunas veces hasta le amenazan con cortarle el pene si sigue jugando con él. Otro argumento a favor de la existencia de la sexualidad infantil lo dan los distintos procedimientos y vestimentas que se han inventado para que el niño no se masturbe; desde

atarle las manos a los barrotes de la cama, hasta las camisas y pantalones con cierres especiales para que el niño no pueda tocar los genitales. Muchas madres educan a sus hijos, también para impedir la masturbación, acostumbrándolos a dormir con las manos encima de la sobrecama. Si el niño fuese realmente «inocente», no habría necesidad de estas prácticas.

Además, biológicamente es lógico admitir la existencia de una sexualidad infantil. Los órganos y las tendencias genitales no son factores que se presentan en la pubertad como «caídos del cielo» y sin existir anteriormente, sino que es algo ya existente y que en la pubertad sufre un aumento en la intensidad de sus funciones.

* * *

Ocupémonos de la sexualidad infantil. Introduciremos primeramente algunos términos psicoanalíticos. Llamamos *líbido* a la fuerza con que se exterioriza el instinto sexual. La líbido es al instinto sexual lo mismo que el hambre al instinto de la nutrición. Consideramos como *zonas erógenas* aquellas partes del cuerpo u órganos que producen energía sexual.

Una de las zonas erógenas del niño se halla situada en los genitales, del mismo modo que en el adulto. Sin embargo, hay una diferencia esencial entre el niño y el adulto. En la zona genital del niño, el único órgano excitable es el pene o el órgano equivalente de la mujer, el clítoris. El niño, ya del sexo masculino o femenino, desconoce la existencia de la vagina. El niño satisface esta zona erógena por medio de la masturbación. Las formas de la masturbación infantil son muy distintas. En la niña es particularmente frecuente la masturbación por el rozamiento de los dos muslos, el uno contra el otro. En el niño varón, la masturbación suele ser manual.

Otra zona erógena es la zona anal. Aunque en la pubertad la importancia de esta zona disminuye, es bastante frecuente la existencia de adultos que nos comunican el placer que sienten en la defecación. También se observa, a veces, en el adulto, la masturbación anal por medio del dedo; el coito por el ano de los homosexuales es otra prueba de la erogeneidad de la mucosa del recto. La importancia de la zona anal en el niño es muy grande. La presencia de catarros, parásitos u otras enfermedades intestinas puede

tener como consecuencia una fijación de la libido en esta zona anal.

El niño no considera primitivamente al excremento como algo desagradable, sino que le da el mismo valor y lo quiere como a una parte de su cuerpo; así es fácil de observar, en él, a veces una tendencia a jugar con sus excrementos. El asco a las deposiciones se presenta únicamente más tarde, y es, en gran parte, una consecuencia de la educación.

Una tercera zona erógena es la zona oral. La mucosa excitable es la de los labios, lengua, etc. Una exteriorización de la erogeneidad de esta zona es el chupeteo; el niño chupa algo, no por alimentarse, sino por el placer que le produce. En el adulto, esta zona ha perdido gran parte de su importancia primitiva; sin embargo, el beso es todavía una manifestación de la sexualidad oral. Raramente se suelen observar adultos que no han abandonado la necesidad del chupeteo procedente de la infancia; uno de éstos, una muchacha adulta, comparaba la sensación que tenía cuando el chupeteo y el placer que la suponía un beso de su amante, con las siguientes palabras (1): «¡No todos los besos pueden ser comparados con el chupeteo! Es imposible describir la agradable sensación que se tiene en todo el cuerpo durante el chupeteo; es algo así como si se estuviese fuera de este mundo. Se tiene todo y no se desea nada. Es una sensación maravillosa, no se desea más que tranquilidad, una tranquilidad sin interrupciones. No se puede expresar con palabras la satisfacción del chupeteo: no se siente ningún dolor, y se está en un mundo mejor.»

Observando estas tres zonas erógenas, vemos que presentan caracteres comunes. Uno de ellos es que la erogeneidad se presenta en zonas que además tienen otra función de importancia vital: en la zona oral, la función alimenticia; en la zona anal y genital, las funciones excrementicias. Un segundo carácter de estas zonas erógenas, en su época infantil, es que son autoeróticas; es decir, que son satisfechas por el mismo individuo, sin necesidad de recurrir a un objeto del mundo exterior.

Hay, sin embargo, componentes de la sexualidad infantil, en los cuales ya existe una relación con un objeto. Estos componentes

(1) Observación del doctor GALANT en el «Neurol. Zentralbl.», núm. 20 (citado por FREUD).

son el exhibicionismo, el placer de ver, el sadismo y el masoquismo. El exhibicionismo y el placer de ver se presentan claramente en la edad infantil. El sentimiento del pudor es desconocido por el niño. Este tiene un placer en enseñar el propio cuerpo y, sobre todo, los genitales, a las demás personas, y al mismo tiempo desea ver el cuerpo de estas personas. El sadismo se presenta apoyándose en el deseo de poderío: el niño desea tener todo lo que ambiciona, sin consideración al daño de los demás; la compasión es un sentimiento que el niño desconoce. En cuanto a la presentación del masoquismo, puede ser favorecida por medio de la excitación dolorosa de la piel de la región glútea. El castigo corporal puede ser una de las fuentes de la neurosis.

Vemos, pues, cómo la sexualidad infantil tiene varios orígenes. El instinto que proviene de cada una de estas fuentes de la sexualidad infantil lo llamamos en psicoanálisis *instinto parcial;* verbi gracia, un instinto parcial es el sadismo. Es característico de la infancia, que cada uno de estos instintos parciales se satisfagan con bastante independencia el uno del otro. Por el contrario, el adulto tiende a reunir estos instintos parciales en una organización genital.

Al psicoanálisis le han objetado algunos investigadores que ha descubierto la sexualidad infantil apoyándose en la sexualidad del adulto, en las neurosis y en las perversiones; que ha visto analogías entre el comportamiento de estos adultos normales o enfermos y el del niño, y que por eso ha creído que el comportamiento de éste tiene también un significado sexual. Pero, objetan ellos, este significado sexual no se puede ver claramente; por tanto, hay que negar la existencia de la sexualidad infantil, por lo menos en la mayoría de los casos. Un ejemplo: hay adultos que tienen placer en la defecación, perversos que juegan con el excremento y necesitan del excremento como fuente de excitación sexual, homosexuales en los cuales el ano se comporta como la vagina en la mujer. Haciendo un psicoanálisis de estas personas, vemos que sus prácticas anormales tienen su origen en la infancia. Estos datos, y algunas observaciones—no tan demostrativas—en adultos y en niños normales, llevan al psicoanalista a la conclusión de que en la infancia, la zona anal tiene una actividad propia como fuente de la se-

xualidad. Según los objetantes, esta deducción es un error; ellos dirían que el carácter sexual de la zona anal no existe en la infancia, sino que se presenta más tarde, en la pubertad. En la infancia, dicen, la zona anal posee solamente la actividad excrementicia.

Para terminar esta discusión, FREUD pone la siguiente comparación. Representémonos el que nos sea imposible el observar el desarrollo de dos plantas dicotiledóneas, como el manzano y la judía, desde la forma de semilla hasta la planta adulta. Algo de lo que pasa en el niño, donde las primeras fases del desarrollo sexual, pasan casi desapercibidas. Pero figurémonos, además, que podemos reconstruir la historia del desarrollo de las dos plantas ya citadas, partiendo regresivamente de su estado de máximo desarrollo hasta llegar a la simiente con los dicotiledones. Es decir, lo mismo que hemos hecho psicoanalíticamente en el hombre, en el cual, partiendo de la sexualidad normal y perversa, hemos llegado a conocer las primeras fases de la actividad que estamos aquí discutiendo si es o no sexual. Las dos semillas, en la primera fase, se parecen la una a la otra y no notamos ninguna diferencia entre las dos. ¿Debemos considerar por esto que la diferencia entre el manzano y la judía se origina más tarde, cuando el germen tiene ya algunas semanas más de vida? No; sino que lo más correcto es pensar que esta diferencia existe, aunque no la veamos claramente. Lo mismo hacemos en psicoanálisis, cuando llamamos a una parte del placer que el niño tiene en las funciones excrementicias, un placer sexual. En el niño, las funciones vitales alimenticias y excrementicias están íntimamente unidas con las sexuales; pero el hecho de que no las podamos separar, no indica que las sexuales no existan, lo mismo que el que no sepamos diferenciar en una época determinada la semilla del manzano de la de la judía no indica que la semilla del manzano (o de la judía) no exista en esa época.

La vida sexual del niño y la del adulto se diferencian por la falta de una organización intensa de los instintos parciales. En el niño, cada instinto se satisface con bastante independencia el uno del otro. En el adulto, los diferentes instintos parciales obran conjuntamente bajo la supremacía de los genitales. Sin embargo, en el niño, aunque no tan intensamente como en el adulto, existe también ciertas organizaciones de los instintos. Una de ellas es la organización genital, que es parecida a la del adulto.

Esquemáticamente, podemos distinguir en el niño tres organizaciones: *la genital,* ya citada; *la anal-sadista* y *la oral-canibalista*. En la organización genital, la zona erógena que tiene la supremacía es la zona genital; en las organizaciones anal-sadista y oral-canibalista, predominan las zonas erógenas del ano y de la boca.

En la fase anal-sadista del desarrollo de los instintos, no podemos hacer la distinción entre comportamiento masculino y femenino, sino entre comportamiento activo y pasivo. La actividad resulta de la tendencia a la posesión y es realizada por medio de los músculos. El órgano con tendencia pasiva es, sobre todo, la mucosa rectal.

En la fase oral-canibalista, la función sexual está íntimamente ligada a las funciones nutritivas. La tendencia sexual, en esta fase, es la introducción del objeto deseado dentro del cuerpo, a través de la boca. A pesar de que esta organización dura poco tiempo, deja huellas profundísimas en toda la vida psíquica. Forma el modelo de lo que más tarde se conoce con el nombre de identificación. Un ejemplo de las huellas psíquicas de esta organización lo tenemos en la costumbre de los pueblos primitivos de comerse el corazón, cerebro o los testículos de sus enemigos muertos, para adquirir la valentía, sabiduría, etc., de éstos. Lo mismo sucede en la comunión del católico, el cual, tragando la hostia que contiene el cuerpo de Jesucristo, adquiere las cualidades de la divinidad. En el lenguaje existen también locuciones que expresan la importancia del mecanismo oral, verbi gracia: ¡Te comía!, ¡no te puedo tragar!, ¡se me ha indigestado!, ¡cuando le veo, me dan náuseas!, etcétera.

La evolución sexual del niño empieza en la fase oral, sigue por la fase anal y termina en la fase genital. La subordinación de los instintos a cada una de estas fases no es completamente abandonada al pasar a una fase ulterior del desarrollo, sino que siempre queda cierta cantidad de líbido fijada en cada una de las fases. El punto cumbre de la fase genital del niño ocurre alrededor de los tres, cuatro o cinco años. El desarrollo de la sexualidad infantil no es un todo continuo, sino que entre los seis y los ocho años sufre una parada y una regresión. En el psicoanálisis se conoce este período

con el nombre de *período de latencia*. Después del período de latencia se presenta la pubertad, con la organización genital característica del adulto.

Pasemos ahora a estudiar el contenido psíquico de la sexualidad infantil. El niño varón no conoce la diferencia entre los genitales masculinos y femeninos, cree que todos los seres tienen un pene como él. Si en alguna de sus hermanas o en compañeras infantiles observa los genitales femeninos, no quiere darse cuenta de la falta del pene. Sin embargo, esta observación y alguna amenaza de sus padres de cortarle el pene si juega con él, le hacen creer en la *existencia de la castración*; considera entonces a las niñas como seres ya castrados. Las amenazas de castración y la observación de los genitales femeninos desarrolla en él el miedo a la castración, es decir, la creencia de que va a perder el pene si se masturba. Este miedo a la castración influye grandemente en el desarrollo de su carácter y en su posible neurosis.

En la niña, el clítoris, psicológicamente, tiene la misma importancia que el pene del niño. Su fase genital infantil está también centrada alrededor del clítoris, y desconoce la vagina. Sin embargo, la niña se considera inferior al niño, porque la falta un pene visible. La envidia al pene del niño la puede impulsar a desear ser un hombre, y este deseo tiene una gran importancia en la formación de su carácter. En la pubertad, la sensibilidad del clítoris tiene que pasar a la vagina. En la mayoría de las mujeres frígidas, se puede demostrar que, aunque la vagina es inexcitable, el clítoris sigue conservando la sensibilidad infantil.

La investigación de los problemas de la sexualidad por el niño es algo que empieza muy pronto, muchas veces, antes de los tres años. Es muy raro el que crea lo que los padres le dicen, por ejemlo, que los niños «vienen de París». Crea teorías para explicarse la fecundación y el nacimiento, las cuales suelen apoyarse en los datos que le suministran sus diferentes organizaciones libidinosas. Las teorías más frecuentes suelen ser del siguiente tipo: primeramente cree que se tiene hijos comiendo algo especial; no se representa el papel del padre en la fecundación. Más tarde, se da cuenta de que el padre tiene alguna función en relación con la sexualidad, pero no sabe cuál. Si observa un coito, lo considera como un acto sadista del padre, como una violencia que éste comete con la madre. Respecto al nacimiento, primeramente cree que éste se realiza por el recto, después sustituye esta teoría por otra, según la cual, cree que el feto sale a través del ombligo. Al lado de estas teorías típicas existen muchas atípicas, pero que se presentan con una gran frecuencia.

En las diferentes fases de la evolución libidinosa infantil son varios y de aspecto distinto los *objetos de los deseos sexuales*. En la fase oral, el objeto es el pecho de la madre; la satisfacción sexual está entonces íntimamente ligada a la satisfacción alimenticia. Después del destete, este objeto se pierde y el niño chupa, en vez del pecho de la madre, una parte de su propio cuerpo, como el dedo, etcétera. Es decir, el instinto se convierte en algo autoerótico, algo que es satisfecho por el propio sujeto y que no necesita de un objeto extraño al individuo. En la evolución ulterior de los instintos, éstos tienen que volver a encontrar un objeto perteneciente al mundo exterior.

El primer objeto que el niño empieza a querer en el mundo exterior es la madre. La madre procura cubrir las necesidades del infante y librarle de las inclemencias exteriores; por eso consigue el amor del niño. La elección de la madre como objeto amoroso se realiza en los dos sexos. Después de esta primera fase el niño sigue, para la elección del objeto sexual, el camino que en psicoanálisis se conoce con el nombre de *complejo de Edipo*. Creemos innecesario el exponer aquí el contenido psicológico del complejo de Edipo.

El psicoanálisis afirma que el complejo de Edipo es algo que forma parte del inconsciente de todos los hombres. Lo mismo que en Edipo, hay en todo hombre normal, por lo menos en su época infantil, una tendencia que le impulsa a rebelarse contra el padre y a poseer a la madre (1). La tragedia de Sófocles causa una gran emoción entre los oyentes, porque el inconsciente de éstos reacciona al contenido de la obra, identificándose con el protagonista. Por eso

(1) Edipo: ¿Debo también no temer más el lecho nupcial de mi madre? Yocasta: ¿Qué puede temer el hombre cuando el Destino conduce todas las cosas humanas y toda previsión es incierta? Lo mejor es vivir al azar, si se puede. No temas que te unas a tu madre, porque en sus sueños muchos hombres han soñado que se unían a su madre... (Sófocles: «Edipo, rey»).

los oyentes acompañan el descubrimiento de las tendencias criminales de Edipo con una intensa emoción. No es el hecho de Edipo el que se va a aclarar, es el propio inconsciente el que está en juego.

El complejo de Edipo ha servido de base para multitud de obras de la literatura universal. Un ejemplo de ellas la tenemos en «Hamlet», otro en la «Vida es sueño». Ha sido reconocido por muchos autores. Así, uno de los enciclopedistas, Diderot, se exterioriza del siguiente modo hablando del niño: «Si se dejase abandonado a este pequeño salvaje, si conservase toda su imbecilidad y pudiese reunir a la pequeñez de la razón infantil la violencia de las pasiones de un hombre de treinta años, el niño torcería el cuello de su padre y se acostaría con su madre.»

Es fácil de observar en el niño las exteriorizaciones del complejo de Edipo. El niño quiere tener a la madre para sí solamente, siente celos cuando ésta es acariciada por el padre, se alegra en la ausencia de éste. Muchas veces expresa estos deseos directamente, en palabras y en hechos; por ejemplo, a veces se oye a niños decir a su madre que se casarán con ella cuando el padre se muera. Es frecuente que el niño desee observar cómo la madre se viste y se desnuda; en cambio, el interés por el padre es mucho menor. Esto sucede no solamente a consecuencia de la mayor severidad del padre, sino también en aquellos casos en los cuales los dos emplean la misma dureza o mimosidad en la educación del hijo. Una contraprueba es que en la niña suele suceder lo contrario: ésta suele preferir al padre y considera a la madre como a una rival.

El complejo de Edipo no suele ser tan esquemático como el que hemos descrito, sino que, generalmente, es ambivalente: al lado de tendencias de rivalidad para con el padre, el niño varón suele tener también tendencias positivas hacia él. No hay que perder nunca de vista que el hombre es bisexual; por tanto, que coexisten en él tendencias masculinas y femeninas.

Las relaciones afectivas del niño para con los padres se exteriorizan también con las personas que les rodean y, sobre todo, con los hermanos, con los cuales convive en la familia. Además, entre hermanos son frecuentísimas las reacciones de rivalidad. Generalmente, el mayor reacciona con odio hacia sus hermanos nacidos posteriormente. De todos es conocida la respuesta de aquel niño a quien le enseñaron el hermanito «que acababa de llegar de París». Contestó diciendo «que lo devolviesen inmediatamente al punto de procedencia». El hasta entonces hijo único, reacciona con odio y agresividad respecto al hermano siguiente. Esta reacción del primogénito nos es comprensible: a consecuencia del segundo nacimiento deja de ser el único mimado. En niños mayores estas reacciones cambian. Es frecuente que el muchacho tome a la hermana como sustituta de la madre y emplee en ella el cariño que originariamente era de la madre; también el que la muchacha se identifique con la madre y cuide maternalmente a sus hermanos menores.

En el neurósico se observa claramente la presencia del complejo de Edipo. Con el desarrollo de la personalidad, aumenta la intensidad del deseo; el odio contra el padre ya no se exterioriza débilmente, sino que es mucho más fuerte. El cariño a la madre del niño ha pasado, en el neurósico, a ser el deseo intenso de poseerla. Sin embargo, los deseos infantiles forman el núcleo alrededor del cual se condensa la sexualidad del neurósico adulto.

Otra prueba de la intensidad del complejo de Edipo la tenemos en los tabús del incesto de los pueblos primitivos. El incesto es de los crímenes más castigados por los pueblos primitivos y contra el cual se previenen por todos los medios posibles. Esto indica que en estos primitivos hay una tendencia que les impulsa al incesto y que únicamente la presencia de un castigo fuerte impide el que esta tendencia se manifieste. Si esta tendencia no existiese realmente, no habría tampoco necesidad de las leyes coercitivas. Unicamente personas privilegiadas y con poderío suficiente logran vencer el tabú del incesto; v. gr., los Faraones de Egipto y los Incas del Perú, los cuales se unían a sus hermanos.

Repitamos el desarrollo de la sexualidad infantil. Empieza en la fase oral, sigue luego por la fase anal y termina en la fase genital. En la fase genital, el niño, varón y hembra, no conoce más que la existencia del pene e ignora las sensaciones procedentes de la vagina. Después de esta fase fálica viene el período de latencia, al cabo del cual, en la pubertad, vuelve a reanudarse la sexualidad y toma la forma de la sexualidad del adulto. El adulto normal ha vencido al complejo de Edipo; ya no quiere a la madre como mujer, ni

odia al padre como rival, sino que suele tener cariño hacia los dos. Veremos ahora cómo sucede este cambio.

El miedo a la castración está íntimamente ligado a la evolución del complejo de Edipo. El niño satisface las necesidades de la líbido en la fase de Edipo por medio de la masturbación. Las personas que le rodean le reprochan esta actividad y le amenazan con cortarle el pene si sigue jugando con él. Otras veces, en vez del pene, le dicen que lo que le van a cortar va a ser la mano, o le hablan de que una consecuencia de la masturbación es una enfermedad.

Generalmente el niño varón no cree, en un principio, en estas amenazas. Pero una observación le obliga a creer que la castración existe realmente. Esta observación suele ser la vista de los genitales de alguna hermana o de compañera de juegos; como éstas carecen de pene, sospecha que tal vez han sido castradas.

El niño cree entonces en la existencia de la castración y la considera como un posible castigo a sus deseos de Edipo. Para librarse de la castración, considera que hay que renunciar a estos deseos. Para ello el niño se identifica con el padre, con el rival, y crea en sí mismo una instancia que representa dicho padre. Esta instancia se conoce en psicoanálisis con el nombre de *super-yo*. El super-yo es el padre introyectado; lo mismo que esté en la infancia, el super-yo señala lo que está permitido y lo que está prohibido. Una parte pequeña de este super-yo es lo que se conoce vulgarmente con el nombre de conciencia; la parte mayor suele ser inconsciente. El super-yo, como el padre a quien representa, tiene también la función de castigar; una prueba de este castigo la dan los remordimientos de conciencia.

En la niña, la evolución es algo distinta. En la fase fálica, el órgano que la interesa es el pene (clítoris); la vagina es desconocida. Sin embargo, a consecuencia de la diferencia orgánica, la niña se da cuenta que su pene (clítoris) no es como el del niño, sino que está mucho menos desarrollado. Muchas veces se consuela de la falta de desarrollo diciendo que ya le crecerá algún día; una enferma nuestra creía, todavía a los quince años, que le iba a crecer un pene como a los hombres. Esta falta de pene es el origen de muchos sentimientos de inferioridad de la mujer.

La mayoría de las veces la niña termina creyendo que ella ha

tenido también un pene normal, pero que se lo han cortado; es decir, que la han castrado. No es como el niño, que tiene temor a la castración; para ella la castración ya se ha realizado. Habiéndose realizado ya la castración, no hay necesidad de temerla. Y esta consideración tiene consecuencias en el desarrollo psíquico de la niña. Ya hemos dicho que el niño erige intrapsíquicamente una instancia, el super-yo, que representa al padre que dicta normas; el niño crea esta instancia por temor a la castración. En la niña, como este temor ha dejado de existir, la formación del super-yo suele ser mucho menos intensa que en el niño. La fuerza del super-yo, en la mujer, es menor que en el hombre.

En la niña, el deseo de tener un pene como el muchacho, evoluciona, sustituyéndose por el deseo de tener un hijo. El punto cumbre de su complejo de Edipo suele ser el de desear tener un hijo del padre y odiar a la madre como a una rival. En la pubertad cambia el padre y la madre por otros objetos que no posean el tabú del incesto.

* * *

En el período de latencia se vence el complejo de Edipo. Las tendencias libidinosas son reprimidas y sublimadas; en vez de deseos sexuales para con los padres o hermanos, se tiene cariño hacia ellos. El cariño es la consecuencia de la represión de los deseos de Edipo.

En la *pubertad*, los genitales dirigen la sexualidad. En el hombre el pene y en la mujer la vagina, son los órganos que tienen la supremacía sexual y a los que están subordinadas las demás zonas erógenas. La evolución sexual en el hombre es más clara y continua que en la mujer; en el hombre, la sexualidad sigue la fase fálica que ya hemos descrito. En la mujer, por el contrario, esta sexualidad fálica ligada al clítoris tiene que desaparecer y la vagina pasa a ser el órgano más sensible. Este cambio en la evolución explica el por qué en la mujer las afecciones de tipo histérico son más frecuentes que en el hombre.

La excitación sexual del adulto va acompañada de modificaciones corporales, erección del pene, humedecimiento de la vagina, etcétera, y de un estado psíquico especial, de una sensación de tensión. Esta sensación de tensión impulsa a seguir el camino de la excitación hasta la plena satisfacción libidinosa.

El estado de tensión puede originarse por tres causas distintas: por excitaciones que provienen del mundo exterior, v. gr., la vista de una mujer hermosa; por excitaciones internas de origen orgánico todavía no bien conocidas, y por excitantes psíquicos, como recuerdos, fantasías, etc.

Estos excitantes que originan la tensión psíquica, ya tienen de por sí el carácter de ser agradables. Generalmente un excitante físico o psíquico es desagradable hasta que ha sido satisfecho; únicamente su satisfacción va acompañada de placer, v. gr., el hambre en sí es desagradable; el comer que lo satisface, agradable. Por el contrario, la excitación sexual es de carácter agradable y solamente cuando por causas cualesquiera, de orden exterior o interno, no puede ser satisfecha, se convierte en una sensación desagradable.

El estado de tensión es originado por la excitación de las diferentes zonas erógenas, como la vista del objeto deseado, el roce de su piel, la satisfacción oral del beso, etc. Esta tensión produce de por sí placer e impulsa, por un aumento de excitación sexual, a procurar obtener un placer aún mayor.

Entre el sentimiento de placer de la excitación sexual y el placer del final del coito existen diferencias. FREUD denomina al placer de la excitación *placer primario*; al placer del coito en el momento de la polución, *placer final*.

El placer primario es el que procede de la excitación de las diferentes zonas erógenas. Es decir, en la vida sexual del adulto las zonas erógenas funcionan originando un placer primario, de tipo análogo al placer que causaban en la época infantil; este placer primario impulsa a su vez a obtener el placer final.

De un modo esquemático podemos decir que el coito reproduce rápidamente la evolución de la sexualidad individual. Empieza por la satisfacción oral del beso, sigue por las tendencias sado-masoquistas de la fase anal—estrechamiento de los dos cuerpos, roce de la piel, movimientos musculares, etc.—y, finalmente, termina en la excitación genital.

La sexualidad del adulto se satisface en el coito. La descarga libidinosa que le acompaña, produce seguramente el mayor placer que el ser humano tiene en su vida.

* * *

La evolución de la sexualidad es un fenómeno complicadísimo. Esta evolución puede ser detenida o deformada, total o parcialmente, por mútiples factores. Vamos a estudiar ahora estos distintos factores.

Uno de ellos es la *constitución*. Las diferentes zonas erógenas en las cuales se origina la líbido, pueden estar constitucionalmente diferentemente desarrolladas, predominando una de ellas y estando las otras en un estado de menor evolución.

En caso del predominio de una fuente de la sexualidad, la evolución puede ser distinta, según como el yo reaccione frente a este predominio. O bien el yo permite la exteriorización de la forma de sexualidad más desarrollada, originando con ello una perversión, o bien la reprime, y entonces el individuo ofrece una sexualidad disminuída y al mismo tiempo una psiconeurosis, que es consecuencia de la líbido reprimida. Una tercera solución es la sublimación.

Al lado de los factores constitucionales tienen mucha importancia los *factores accidentales,* provenientes de la reacción del individuo con el medio que le rodea. Generalmente se desconoce la importancia de estos factores accidentales, y se tiende a dar todo el valor en la etiología a la constitución. El psicoanálisis ha demostrado la frecuencia y fuerza de los factores accidentales.

Otro factor causante de un trastorno en la evolución sexual es el *desarrollo precoz de la sexualidad*. Este desarrollo precoz puede ser una consecuencia, ya de causas constitucionales, o bien de influjos del mundo exterior; por ejemplo, la excitación sexual del niño por personas mayores. El desarrollo precoz tiene una gran importancia en el desarrollo de la neurosis y de las perversiones. Es frecuente, v. gr., en los homosexuales que primitiva y precozmente tengan una fuerte tendencia heterosexual, y una de las causas del fracaso de la tendencia heterosexual es su aparición precoz.

Otro factor de origen desconocido es el que FREUD llama *pegajosidad de la líbido*. Hay individuos en los cuales un acontecimiento pasa sobre ellos causando huellas intensas que no originan en otros. Los neurósicos presentan esta pegajosidad de la líbido.

La líbido de los neurósicos ha quedado fijada en una fase determinada de la evolución por un acontecimiento que en otro no hubiese causado trastornos.

Teoría psicoanalítica de los instintos

Hay que tener en cuenta que esta teoría no es más que un resultado teórico de algunas observaciones psicoanalíticas y que, por tanto, no tiene más valor que una construcción artificialmente hecha para comprender mejor ciertos datos de la observación. Es una teoría como las que existen en todas las ciencias; el psicoanálisis está dispuesto a abandonarla en el momento en que se demuestre el que no está conforme con los datos de la experiencia o cuando se descubra otra teoría que parezca mejor.

El instinto lo vamos a estudiar primeramente partiendo del lado somático, del lado fisiológico; después lo estudiaremos psicológicamente.

Fisiológicamente podemos comparar al instinto con el excitante que procede del mundo exterior. Representémonos el esquema de los reflejos de la fisiología del sistema nervioso. Un excitante obra en una terminación sensitiva del sistema nervioso, y el organismo se libra por medio de una acción muscular de la acción del excitante. El ejemplo más sencillo, el pinchazo de un anca de rana con un alfiler; el animal contesta retirando la parte donde sentía el dolor.

El excitante procedente del mundo exterior lo podemos esquematizar, por tanto, como una acción *única* y que además obra *momentáneamente*. ¿Qué diferencia hay entre él y el instinto? Primero, el instinto no procede del mundo exterior, sino de dentro del organismo. Segundo, el instinto no obra momentáneamente, sino continuamente hasta que haya sido satisfecho; el hambre, por ejemplo, es una sensación continua. Tercero, el organismo no puede defenderse del instinto por la huída; de un pinchazo se libra retirando el miembro atacado; con el hambre es imposible esta clase de defensa.

La primera diferencia entre excitante e instinto, es decir, el que el excitante procede del mundo exterior y el instinto del interior del organismo, es seguramente desconocida por ser recién nacido.

En el curso de su vida aprende este sér a conocer que hay excitantes de los cuales se puede librar huyendo, y que, además, suelen obrar momentáneamente, y otros de los que no puede huir y que obran continuadamente. Según pueda huir o no de ellos, aprenderá a distinguir si proceden del mundo exterior o del interior.

Desde el punto de vista psicológico, debemos considerar al instinto «como algo intermediario entre el mundo psíquico y el somático, como un representante psíquico de excitantes que proceden del interior del cuerpo y que llegan a la psique» (FREUD).

Algunas de las cualidades del instinto son: la tensión, la dirección, el objeto y el origen.

Por tensión se entiende la suma de fuerzas que representa.

La dirección de los instintos es hacia la satisfacción. Sin embargo, hay instintos que no llegan a satisfacerse completamente. Son instintos que tienden a la satisfacción, que dan un paso en esta dirección, pero que no llegan a la verdadera meta por sufrir una inhibición o desviación. A estos instintos los llamamos sublimados, desviados, etc., según el curso que hayan seguido.

El objeto del instinto es aquel con el cual se satisface. Este es el elemento del instinto que más varía. El objeto no está ligado al instinto, sino por cuanto es apto a satisfacerle. Estos objetos son muy distintos. Varios instintos pueden ser satisfechos por el mismo objeto. Cuando un instinto está íntimamente ligado a un objeto determinado, decimos que está *fijado* a él.

El origen del instinto es aquel proceso somático por medio del cual procede de un órgano o de una parte del cuerpo.

¿Cuántas clases de instintos podemos admitir? Según las observaciones psicoanalíticas, dos: los instintos del yo o de la conservación del individuo y los instintos sexuales o de la conservación de la especie. La biología confirma también esta división de los instintos.

Los instintos mejor estudiados por el psicoanálisis son los instintos sexuales.

La evolución de los instintos sexuales puede ser de cuatro formas: el cambio en su contrario, la vuelta contra la propia persona, la represión y la sublimación.

La sublimación se presenta cuando un instinto deja su meta

inmediata y se satisface en un fin social. Por ejemplo, el deseo de maternidad de muchas mujeres que, por una causa cualquiera, no pueden tener hijos, y que se satisface cuidando huérfanos o haciendo otras obras de caridad.

El cambio en su contrario, puede ser de dos clases distintas: el cambio de un instinto de ser activo a ser pasivo y el cambio de contenido. Ejemplo del cambio de activo en pasivo lo tenemos con el sadismo—masoquismo o también placer de ver—exhibicionismo. El cambio se refiere, sobre todo, a la dirección del instinto: sadismo = placer de hacer daño, masoquismo = placer de sufrir daño, placer de ver = querer ver el cuerpo de los demás, exhibicionismo = enseñar el propio cuerpo a los demás.

Un ejemplo de cambio total del contenido lo tenemos en el cambio del amor en odio.

Un ejemplo de la vuelta contra la propia persona lo tenemos en el sadismo y en el masoquismo. En el sadismo, el yo atormenta a los demás; en el masoquismo, los demás atormentan al yo. También el exhibicionismo es un placer de ver vuelto contra la propia persona.

En el caso de sadismo y masoquismo lo primario es el sadismo. Las fases por las que pasa el sadismo para convertirse en masoquismo son las siguientes:

a) Sadismo = atormentar a los *demás*.

b) Se cambia el objeto y se sustituye por la persona propia = placer de atormentarse a *sí mismo* (como sucede, por ejemplo, en la neurosis obsesiva).

c) Masoquismo, el yo que atormenta se sustituye por una persona extraña = placer de ser atormentado *por otro*.

En el exhibicionismo, la evolución es parecida.

El cambio de un instinto en su contrario, lo tenemos en la transformación de amor en odio; pero no está en este cambio la única contradicción del amor. El amor puede tener tres contradicciones distintas: amar-odiar, amar-ser amado, amar-indiferencia.

El cambio de amar en ser amado corresponde al cambio que hemos estudiado de sadismo en masoquismo y de placer de ver en exhibicionismo.

El amor parece resumir la totalidad de las tendencias sexuales.

Por eso merece que lo estudiemos más detalladamente, aun en este estudio teórico. Vamos a estudiar, pues, el amor, según las tres polaridades de la vida psíquica: Sujeto (yo)-mundo exterior, placer-disgusto, activo-pasivo.

La diferencia entre el yo y el mundo exterior sabemos que no es conocida desde el primer momento, sino que se aprende distinguiendo el excitante procedente del mundo exterior, del asunto que procede de dentro. La contradicción placer-disgusto depende de una sensación subjetiva y tiene importancia capital para dirigir nuestras acciones. La contradicción activo-pasivo depende del comportamiento del yo. El yo se comporta activamente cuando modifica el mundo exterior para satisfacer sus instintos. Pasivamente, cuando recibe los excitantes de este mundo exterior.

En un principio de la vida psíquica, el yo se encuentra con la capacidad de satisfacer los instintos sexuales en sí mismo. A este estado lo llamamos estado *narcisista*, y el modo de satisfacción, *autocrático*. En este estado el mundo exterior no interesa al yo, le es indiferente. El yo se ama a sí mismo; lo que le rodea le es indiferente.

Sin embargo, el yo, aunque en esta primera época no necesite del mundo exterior para satisfacer sus instintos sexuales, lo necesita para satisfacer sus instintos del yo, es decir, los instintos de la conservación del individuo. El hambre, la sed, el abrigarse contra el frío no lo satisface el recién nacido por sí mismo, sino que necesita de personas extrañas que le ayuden. El yo toma entonces estos objetos que el mundo exterior le ofrece como objetos en los que puede satisfacer sus deseos sexuales y que pueden proporcionarle placer, rechaza al mismo tiempo otros objetos del mundo exterior que le causan disgusto. A estos objetos que le proporcionan disgusto los odia, y aquí tenemos el paso de la primera contradicción, amor-indiferencia, a la segunda, amor-odio.

Esta contradicción amor-odio corresponde a la segunda polaridad psíquica, placer-disgusto. El yo ama lo que le ocasiona placer, y odia lo que le origina disgusto. Cuando un objeto produce placer al yo, origina una tendencia de este yo a apoderarse de él. A esta tendencia es a la que llamamos amor. Si, por el contrario, le ocasiona disgusto, el yo tiende a librarse de dicho objeto, a huir de

él como huye de los excitantes desagradables del mundo exterior, esta tendencia es la del odio. Este odio puede subsanarse con la tendencia agresiva del yo a destruir el objeto.

Es interesante el seguir en el lenguaje el significado de las dos palabras amor y odio. Desde el punto de vista del instinto, podemos decir que un instinto ama un objeto. Sin embargo, es imposible el decir que un instinto odia a un objeto. El odio es una reacción, no de un instinto, sino de toda la personalidad. Es el yo en su conjunto el que odia al objeto desagradable.

Otra diferencia, en el lenguaje entre amor y odio, es también que amor está casi siempre en relación con la actividad sexual. Amamos lo que nos produce una satisfacción sexual. En cambio el significado del odio es más general; se odia todo aquello que nos ocasiona un disgusto, sea de orden sexual o no. Cuando una cosa nos produce un placer que no es de orden sexual, no decimos que la amamos, sino decimos, por ejemplo, que nos gusta. El origen del odio, en cambio, parece datar más bien del yo por sus instintos de conservación. El yo odia a lo que se opone a su persistencia y dominio. La relación de odio del yo para con un objeto es anterior a la relación de amor. En la primera época narcisista del yo, éste odia el mundo exterior, que obra en él por medio de sus excitantes. En cambio, el amor procede de los instintos sexuales, que tienden a apoderarse de los objetos del mundo exterior por la satisfacción sexual que le ocasionan. Esta separación entre los instintos de yo y los instintos sexuales es una de las fuentes de la ambivalencia; es decir, de que el amor hacia un objeto vaya al mismo tiempo acompañado de odio hacia el mismo objeto. Es frecuente que en el amor este odio esté encubierto por la tendencia amorosa y que únicamente cuando el amor desaparece aparezca el odio. Este fenómeno puede dar la sensación de un cambio de amor en odio, no siendo realmente así.

La tercera contradicción de amar-ser amado corresponde a la tercera polaridad psíquica de actividad - pasividad. Es la misma contradicción que hemos estudiado entre sadismo-masoquismo, placer de mirar-exhibicionismo.

En resumen, el destino de los instintos depende de que los instintos están sujetos a las tres grandes polaridades de la vida psí-

quica que ya hemos descrito. Podemos llamar a la polaridad activo-pasivo la polaridad biológica; a la de yo-mundo exterior, la polaridad real; finalmente, a la de placer-disgusto, la polaridad económica.

BIBLIOGRAFIA

Si intentásemos exponer una lista completa de la literatura sobre la vida sexual desde el punto de vista psicoanalítico, tendríamos que citar casi todas las publicaciones psicoanalíticas, ya que no hay enfermo psíquico que presente una vida sexual normal (sin excepción de ningún género), y que para el estudio psicológico profundo de las neurosis y psicosis hay que conocer las relaciones de éstas con la sexualidad del individuo. Por este motivo sólo mencionamos algunos de los trabajos más interesantes y en los cuales se estudia la sexualidad desde un punto de vista algo general.

ABREVIATURAS: G. S.=Sigm. Freud, Gesammelte Schriften (Obras completas), tomos I-XI.
I. PsA. V.=Internationaler Psychoanalytischer Verlag. Wien. (Editorial psicoanalítica internacional, Viena.)
Z.=Internationaler Zeitschrift für Psychoanalyse.
Päd.=Zeitschrift für Psa. Pädagogik.
Zbl.=Zentralblatt für Psychoanalyse.

ABRAHAM: Versuch einer Entwickelungsgeschichte der Libido. I. PsA. V. 1924.
— Belauschung des elterlichen Geschlechtsverkehrs. Päd. III, 1928.
— Ueber ejaculatio praecox. Z. IV, 1916.
— Aeusserungsformen des weiblichen Kastrationskomplexes. Z. VII, 1921.
ALEXANDER: Kastrationskomplex und Charakter. Z. VIII, 1922.
— Psychoanalyse der Gesamspersönlichkeit. I. PsA. V., 1927.
BREUER und FREUD: Ueber den psychischen Mecanismus hysterischer Phänomene, Neurol. Zentralbl., 1893.
— Studien über Hysterie, G. S. I.
HELENE DEUTSCH: Zur Psychologie der weiblichen Sexualfunktionen. Internationaler Psychoanalytischer Veriag. 1925.
— Der feminine Masochismus und seine Beziehungen zur Frigidität. Z. XVI, año 1930.
FEDERN: Variationen des Ichgefühls. Z. XII, 1926.
— Das Ich als Subjekt und Objekt im Narzismus. Z. XV, 1929.
HITSCHEL: Introjektion und Kastrationskomplex. Z. XI. 1925.
— Die Identifizierung. Z. XII. 1926.
— Ueber organlibidinöse Begleiterscheinungen der Triebabwehr, Z. XIV, año 1928.
— Spezialformen des Oedipuskomplexes. Z. XVII, 1931.
FREUD: Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie. G. S. V.
— Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Aetiologie der Neurosen. G. S. V.
— Hysterische Phantasien und ihre Beziehungen zur Bisexualität. G. S. V.
— Die «kulturelle» Sexualmoral und ihre Beziehung zur Bisexualität. G. S. V.
— Die Verdrängung. G. S. V.
— Das Unbewusste. G. S. V.
— Vorlesungen zur Einführung in der Psychoanalyse, G. S. VII.
— Trauer und Melancholie. G. S. V.
— Das Ich und das Es. G. S. VI.
— Die infantile Genitalorganisation. G. S. V.
— Der Untergang des Oedipuskomplexes. G. S. V

— Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschiedes. G. S. XII.
GARMA : Die Realität und das Es in der Schizophrenie. Z. XVIII. 1932.
HORNEY : Zur Genese der weiblichen Kastrationskomplexes, Z. IX, 1923.
— Flucht aus der Weiblichkeit. Z. XII. 1926.
JONES : Die erste Entwickelung der weiblichen Sexualität, Z. XIV, 1928.
KEMPNER : Beitrag zur Oralerok. Z. XI. 1925.
LAMPL DE GROOT : Zur Entwickelungsgeschichte des Oedipuskomplexes der Frau. Z. XIII. 1927.
REICH : Trieb und Libidobegriffe von Forel bis Jung. Z. f. Sexw. IX. 1922.
— Ueber Spezifität der Onanieformen. Z. VIII, 1922.
— Zur Triebenergetik Z. f. Sexw. X. 1923.
— Ueber Genitalität. Z. X. 1924.
— Weitere Bemerkung über die therapeutische Bedeutung der Genitallibido. Z. XI. 1925.
— Ueber die kronische hypochondrische Neurasthenie mit genitaler Asthenie. Z. XII. 1926.
— Die Funktion des Orgasmus. I. PsA. V. 1927.
— Der genitale und neurotische Charakter. Z. XV. 1929.
REIK : Der Schrecken. I. Psa. V. 1929.
SACHS : Ueber einen Antrieb bei der Bildung des weiblichen Ueber-Ichs. Z. XIV. 1928.
SADGER : Zur sexuelle Anästhesie des Weibes. Fortschr. d. Med. 1914.
SCHILDER : Zur Lehre von der Hypochondrie. Monatschr, f. Psych. u. Neur. 56. 1924.
— Entwurf zu einer Psychiatrie auf psychoanalytischer Grundlage. I. Psa. V. Año 1925.
STARCKE : Der Kastrationskomplex. Z. VII. 1921.
STEINER : Die psychische Störungen der männlichen Potenz. 1913.
— Die Bedeutung der femininen Identifizierung für die männlichen Potenz. Z. XVI. 1930.
STEKEL : Die Impotenz des Mannes.
— Die Geschlechtkälte der Frau.
TAUSK : Bemerkungen zu Abrahams Aufsatz über Ejaculatio praecox. Z. IV. 1917.
SIMMEL : Zum Problem von Zwang und Sücht. Ber. ü. d. V. Allg. Aerzt. Kongr. f. Psychotherapie. 1930.

REVISTA DE REVISTAS

Bibliografía

Prof. E. Moniz.—*Diagnostic des tumeurs cérébrales et épreuve de l'encéphalographie artérielle* (Masson, París, 1931).

El profesor de neurología de Lisboa, tan bien conocido y estimado en España, ha dado a la imprenta en este libro el resultado de una vasta labor experimental y clínica durante bastante años, estudiando los tumores cerebrales con su conocido método de la arteriografía por las inyecciones carotideas de substancias opacas a los rayos Röntgen (yoduros, thorotrast, etc.). Como es sabido, el método es inofensivo, excepto en los casos de arterioesclerosis cerebral, en los cuales está contraindicado, y a veces tiene efectos terapéuticos interesantes en casos de pseudotumores, epilepsias, etc., y en la hipertensión. En esta obra analiza su autor los síntomas generales de los tumores cerebrales y su interpretación, basándose en los resultados de su método, y pasa revista, finalmente, a los síntomas localizatorios de los tumores de las distintas regiones. La minuciosidad de este capítulo sobre localizaciones merece una lectura cuidadosa y fructífera.

En otros capítulos compara los datos obtenidos por este método exploratorio con los de otras técnicas, como la ventriculografía, la punción de Neisser-Pollak, y en el capítulo de las conclusiones expone una serie de esquemas radiográficos sumamente útiles para el diagnóstico topográfico de los tumores en las distintas localizaciones, analizando en esquemas especiales las desviaciones arteriales producidas por el desplazamiento causado por el tumor, si bien se expresa con prudencia sobre la exactitud de estos esquemas y confía a una mayor experiencia para la ejecución de un atlas completo.

En esta breve noticia no es posible entrar en ulteriores detalles sobre las interesantísimas observaciones personales referentes a la patogenia de los síntomas generales de los tumores centrales que hace el profesor Moniz en la primera parte del libro.

G. R. LAFORA.

H. Claude.—*Maladies du systéme nerveux.* Dos tomos. Segunda edición. Bailly-Bailliére. París, 1932.

La segunda edición de la Neurología de Claude, destinada, como la primera, a los estudiantes de Medicina (Biblioteca del Doctorado), resume los principales conocimientos actuales sobre tan vasta materia en dos